



La revolución rusa y el comunismo en Cataluña

The Russian Revolution and Communism in Catalonia

JOSÉ LUIS MARTÍN RAMOS

Universidad Autónoma de Barcelona; España

josep.martin@uab.cat

RESUMEN

La revolución rusa impactó en la sociedad española de manera contradictoria. En la socialdemocracia y la izquierda republicana su interpretación se hizo a la luz de la aliadofilia y del temor a que la paz por separado con los imperios centrales debilitara la causa del bando de la Entente; de esa interpretación se apartó el anarcosindicalismo que vio en ella principalmente la causa de la revolución. Acabada la guerra ésta fue el principal argumento de apoyo o rechazo, que se concretó en el debate sobre la afiliación a la Tercera Internacional. En Cataluña el comunismo tuvo una muy escasa procedencia de la socialdemocracia española y se nutrió de la adhesión de sectores procedentes del anarcosindicalismo; hasta que a finales de los años veinte se le sumó una parte del nacionalismo radical, que dio al comunismo catalán una singularidad particular.

Palabras clave: revolución rusa, socialismo, anarcosindicalismo, comunismo, Cataluña

ABSTRACT

Esta obra está sujeta a la Licencia Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons.
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>



The Russian revolution impacted on Spanish society in a contradictory way. In Social Democracy and Left Republican its interpretation was made under the light of ally-philía and the fear that peace separately with the central empires would weaken the cause of the Entente side; The anarcho-syndicalism departed from this interpretation in which it mainly saw the cause of the revolution. When the war was over, this was the main argument of support or rejection, which became concrete in the debate on membership to the Third International. In Catalonia communism had very little origin from Spanish Social-Democracy and was nurtured by the adherence of sectors coming from anarcho-syndicalism; At the end of the twenties a part of radical nationalism was added to it, which gave Catalan communism a particular singularity.

Keywords: Russian revolution, socialism, anarcho-syndicalism, communism, Catalonia

1. Entre la esperanza y el miedo a la revolución

1.1. Un apunte de contexto

La noticia de la revolución en el Imperio Ruso impactó en una Cataluña en plena movilización social y política, en el marco del declive del régimen monárquico de la Restauración española. Por otra parte, España era un país no beligerante que de manera muy mayoritaria había adoptado una posición aliadófila, sobre todo entre los sectores políticos considerados entonces como progresistas, que reprochaban a los conservadores españoles su inclinación hacia el militarismo alemán. El declive del régimen monárquico venía de comienzos del siglo XX, de la acumulación de problemas acelerada por la derrota de 1898 y la pérdida de las colonias: destacaban las disfunciones económicas que dicha pérdida supuso; el ascenso de las reivindicaciones regionalistas; la fragmentación de los dos partidos –el conservador y el liberal– que hasta entonces habían copado y compartido en turno el poder; y la recuperación del movimiento obrero superando las dos grandes oleadas de represión y desarticulación que había padecido en 1874 tras la restauración de la monarquía borbónica y en 1896, como consecuencia del atentado terrorista del día de Corpus en Barcelona y las condenas de los procesos de Montjuïc.

Las disfunciones económicas tuvieron consecuencias diversas, destacando la precariedad financiera del Estado y la exigencia por parte de las burguesías -principalmente la catalana- de nuevas políticas de apoyo a la expansión de mercados y la producción industrial. El ascenso del regionalismo catalán se vinculó a esa exigencia y, al propio tiempo al rechazo de un nuevo sistema fiscal que grabara las rentas de la



propiedad y los beneficios económicos. Su expresión política fundamental fue la *Lliga Regionalista*, constituida como partido en 1901, que defendía una identidad nacional catalana con efectos políticos en la administración de Cataluña así como en la renovación de la política del estado; el intervencionismo estatal era clave para el regionalismo catalán, que esperaba no solo controlar Cataluña sino ser incorporado al poder del estado, única garantía de que España adoptara una nueva política imperialista basada ya no en los viejos criterios del imperialismo hispánico, sino en las nuevas necesidades de la expansión industrial¹. Frente a la acción dinámica del regionalismo, las divisiones internas de los dos partidos dinásticos fueron deteriorando el control político y social del régimen monárquico facilitando que el movimiento regionalista rompiera en Cataluña el monopolio político compartido por conservadores y liberales. La *Lliga Regionalista* fue imponiéndose como partido mayoritario en el país, aunque en competencia con las formaciones republicanas que se beneficiaban del deterioro del control del régimen y del incremento de la movilización social; a su vez el republicanismo estaba dividido en Cataluña entre el Partido Republicano Radical Español, liderado por Alejandro Lerroux, y las formaciones republicanas estrictamente catalanas y catalanistas, derivadas ya fuera de una escisión por la izquierda del movimiento regionalista ya de los restos del antiguo federalismo catalán del siglo XIX que tenían como referente a Pi i Margall. El ascenso del movimiento obrero se había hecho evidente en el pacto unitario de la plataforma de Solidaridad Obrera, constituida en 1907 y que en el verano de 1909 había promovido una histórica huelga general en Barcelona, que la burguesía y sus portavoces políticos -con la *Lliga Regionalista* al frente- habían calificado como Semana Trágica. De aquel episodio, marcado también por el crimen de la ejecución de Ferrer Guardia, falsamente acusado de instigador de las violencias que se produjeron durante la huelga, nació la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) que hegemonizó hasta los años de la Segunda República el obrerismo catalán; frente a ese sindicato, en el que confluían anarquistas, sindicalistas revolucionarios o simplemente sindicalistas, la incidencia en Cataluña del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y la Unión General de Trabajadores (UGT) era muy minoritaria, por más que el ideario socialdemócrata influía entre los elementos más avanzados del republicanismo federal o catalanista².

¹Ucelay Da Cal, Enric; *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*; Edhasa; Barcelona; 2003.

² Martín Ramos, José Luis; "La primera historia del socialismo catalán" en AAVV, *La pàtria dels humans. Història del socialismo català*. Edhasa; Barcelona; 2003.



Cuando la Gran Guerra estalló en Europa, España se mantuvo al margen como país neutral, lo que le permitió aprovechar la coyuntura bélica exterior para incrementar su actividad económica, agrícola e industrial, a través del aprovisionamiento a los países beligerantes, de su sustitución parcial en los mercados internacionales o del mecanismo de sustitución de importaciones hasta entonces procedentes de aquellos países en guerra. En Cataluña ese incremento se produjo en el sector industrial, en el textil, en el metalúrgico y en el químico, renovando un antiguo dicho catalán: *“bona és la guerra lluny de ma terra”* (buena es la guerra, lejos de mi tierra); sin embargo cuando acabó el estímulo exterior de la guerra, la industria catalana entró en una recesión relativa, sin que el mercado interior pudiera compensar la aportación extraordinaria del mercado exterior entre 1914 y 1918. El repentino aumento de la actividad económica, además de la incidencia de las tendencias generales de la economía mundial afectada por la guerra, repercutió en un brote inflacionario acelerado como no se había producido en España en lo que iba de siglo y el precedente; estimulando una protesta obrera que tuvo una primera trascendencia en la huelga general del 18 de diciembre de 1916, convocada conjuntamente, por la UGT y la CNT contra el encarecimiento y la carestía de productos básicos una parte de los cuales se derivaban hacia la exportación. Las huelgas parciales y de oficio o sector económico se dispararon a partir de aquel año, pasando en Barcelona el número de jornadas de huelga de menos de medio millón en 1914 a más de 2 en 1916 y 1917 y entre 6,5 y casi 7 en 1919 y 1920³.

Como es de suponer ese aumento de la movilización reivindicativa favoreció y consolidó a la CNT como sindicato de las masas trabajadoras catalanas, a las que encuadró con una nueva táctica sindical que superaba las acciones aisladas de los oficios y establecía las generalizaciones de las luchas en los centros de trabajo y entre los sectores de actividad, sumando en una misma acción oficios diferentes. La expansión económica no sólo tuvo ese acompañamiento, también favoreció las posiciones del regionalismo catalán cuya fuerza crecía con el incremento de los índices de producción y la renovada presentación de Cataluña, como en los arranques de la industrialización en el XIX, como locomotora de la economía española. El regionalismo intensificó su reivindicación de un estatuto de autonomía, que era asimismo compartida por el republicanismo catalanista y que finalmente generó una campaña parlamentaria, en las Cortes españolas, y de manifestaciones de calle, en Cataluña, en 1918 a la que se sumaron también los socialistas. Los años de

³ Martín Ramos, José Luis; *Guerra i conflictivitat social; Gombau de Besora; Sant Quirze de Besora; 1992.*



la Gran Guerra constituyeron una época de aceleración social y política en Cataluña, sobre cuyo rumbo la revolución rusa habría de generar expectativas dispares.

1.2. Revolución o reacción

La coincidencia entre la movilización social y la movilización política, producida en medio de un agravamiento de las tensiones internas del régimen monárquico, que sumaba a las diferencias entre facciones liberales y conservadoras, crecientes descontentos en el ejército -por el diferente trato recibido entre los militares destacados en la península y los que participaban en el Norte de África en el control de las colonias - produjo entre la primavera y el otoño de 1917 el espejismo de una revolución. En realidad, se trató de un primer intento de reforma política mediante la apertura de un proceso constituyente, acordado de manera conjunta por republicanos, regionalistas y socialistas constituidos en Barcelona en Asamblea de Parlamentarios en julio y apoyado por una huelga general convocada de nuevo por CNT y UGT, que se desarrolló en España entre el 13 y el 18 de agosto, que tuvo en Barcelona y las poblaciones industriales catalanas uno de sus principales escenarios de seguimiento. El desenlace de aquel movimiento de 1917 resultó frustrante para el objetivo de apertura de un proceso constituyente, cuando la *Lliga Regionalista*, liderada por Francesc Cambó, aceptó por propia cuenta resolverlo mediante la formación de un nuevo gobierno de la monarquía, el 1 de noviembre, en el que por primera vez junto a conservadores y liberales se sentaban representantes de los regionalistas catalanes. La cronología de la crisis política española de 1917 acompañó a la cronología de la revolución rusa, pero no tuvo en absoluto su naturaleza de hundimiento del estado y cambio sistémico.

En los años que siguieron, en 1918 y sobre todo en 1919, con la huelga de La Canadiense en Barcelona -convertida en una larga huelga general en Cataluña entre el 5 de febrero y el 17 de marzo; reactivada entre el 27 de marzo y el 12 de abril-, la tensión social llegó a su punto máximo, multiplicando las evocaciones de la revolución. No obstante, no hubo nunca una coyuntura revolucionaria. Por parte del movimiento obrero “hacer como en Rusia” fue una ilusión más que una propuesta en firme. La huelga general de La Canadiense nunca tuvo un objetivo político. Su razón siempre fue la consecución del reconocimiento del derecho de afiliación sindical y de la CNT como interlocutora colectiva en una negociación laboral, que también se quería que fuera colectiva; la radicalidad del conflicto residió en la



cerrazón de la patronal catalana que se negó a aceptar lo que ya se estaba concediendo, al menos en las leyes si no totalmente en la práctica, en Europa occidental. En cambio sí se instaló en la burguesía y las clases medias el miedo a la revolución, a que pudiera llegar a pasar “como en Rusia”, reforzando las posiciones más reactivas de la patronal y el anclaje en la derecha política -ya lo estaba en la social- del regionalismo; hasta el punto que de nuevo a comienzos de 1919, la *Lliga* atemorizada por la movilización social, dejó plantados a republicanos, catalanistas y también radicales, y socialistas en la campaña en favor de la autonomía, para instalarse en la opción ensayada en noviembre de 1917: la participación en los gobiernos de la monarquía y la defensa del régimen monárquico y de sus insuficiencias democráticas como mal menor.

Si la recepción de la noticia de la revolución rusa estuvo enmarcada por la euforia del ascenso de la movilización social y política, la de su proyección internacional en forma de fundación de una nueva internacional obrera y organización del movimiento comunista lo estuvo por la desmovilización y la represión del estado. Esa represión no constituyó una simple actuación de las autoridades y fuerzas de orden público. En Cataluña estuvo acompañada del apoyo de la burguesía y de una parte importante de las clases medias. Del apoyo social y del apoyo de sus exponentes políticos empezando por la *Lliga Regionalista*; y de la participación activa incluso, a través de la Federación Patronal y su voluntad de confrontación con el sindicalismo⁴, de la acción de grupos de pistoleros promovidos al unísono por la patronal y los gobernadores civiles de la provincia de Barcelona (José Maestre Laborde conde de Salvatierra de Álava, en 1919-1920, y el general Martínez Anido, en 1920-1922). Es significativo que entre Maestre Laborde y Martínez Anido, el intento del gobernador Carlos Bas - que en mayo de 1920 sustituyó a Maestre Laborde -de cambiar de política ante los sindicatos e impulsar una negociación tripartita entre la CNT, la patronal y el gobierno civil fuese rechazada por la burguesía catalana que se enfrentó al gobernador y acabó presionando sobre el gobierno español, presidido entonces por el conservador Dato, para que lo sustituyera por quien entonces actuaba como gobernado militar, el general Martínez Anido⁵.

⁴ Bengoechea, Soledad; *Organització patronal i conflictivitat social a Catalunya: tradició i corporativisme entre finals de segle i la dictadura de Primo de Rivera*. Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1994. Un texto más reciente, de síntesis de la misma autora: “La patronal, l'ordre públic i els règims polítics”, en *L'Avenç*, nº 54, 2007.

⁵ Meaker, Gerald H.; *La izquierda revolucionaria en España, 1914-1923*. Ariel; Barcelona; 1978. Martín Ramos, José Luis; *Guerra i conflictivitat social...*



El 5 de noviembre de 1920 el alcalde de Barcelona, Martínez Domingo, vinculado a la *Lliga Regionalista*, presidió una reunión de “fuerzas vivas” con políticos y representantes de entidades económicas y sociales de la burguesía catalana -entre ellos Cambó y Ventosa, las dos principales figuras de la *Lliga* después de la muerte de su fundador Prat de la Riba- al cabo de la cual se hizo pública una condena del comportamiento de Carlos Bas. Tres días más tarde Bas fue sustituido por el candidato de la patronal y la burguesía y Martínez Anido estrenó su cargo cumpliendo lo que les había prometido, con la detención masiva de los dirigentes de la CNT y de diversos políticos republicanos que apoyaban a los sindicatos – Lluís Companys entre ellos- y el asesinato de Francesc Layret conocido defensor de los anarcosindicalistas y promotor del Partido Republicano Catalán, que retóricamente llegó a proclamarse simpatizante de la revolución rusa.

Un joven historiador de la época, Alberto del Castillo, escribió aquel año un artículo sobre el “Bolchevismo en España” en el que describía ese ambiente de miedo y reacción de la burguesía catalana: “No solo la policía y el ejército sino también las mejores clases de ciudadanos estaban tomando parte activa en la lucha. Estos últimos estaban armados y hacían ejercicios en formación militar. Estas guardias cívicas, así como la policía y el ejército, tenían una autoridad ilimitada para el uso de las armas para detener a personas sospechosas, para registrar domicilios y para infringir castigos sumarísimos. Hasta el rector de la Universidad de Barcelona, un digno y anciano caballero, con una venerable barba, quien, en condiciones ordinarias, no hubiera hecho daño ni a una mosca, se había armado hasta los dientes y tomó el mando de una compañía de jóvenes elegantemente vestidos y llevando fusiles flamantes, que se habían puesto al servicio de la causa”⁶. Ese rector de imagen venerable era el catedrático de medicina Valentí Carulla Margenat, que había sido director del Hospital Clínico de Barcelona y era, a la vez que rector, director de la Real Academia de Medicina de Catalunya; sin duda los jóvenes elegantemente vestidos eran en buena parte universitarios y más que probablemente uno de ellos era el propio Alberto del Castillo. El miedo a la revolución, a que se “hiciera como en Rusia” impulsó la reacción hasta la negación de la reforma. La línea emprendida por la burguesía catalana en 1919 culminó en septiembre de 1923 cuando instigó y avaló el golpe de estado del general Miguel Primo de Rivera, que interrumpió la tímida reforma liberal que pretendía el entonces el gobierno del liberal García Prieto; que luego, el gobierno autoritario de Primo de

⁶ Citado por Meaker, op. cit. Pág. 447, nota 59.



Rivera limitara al máximo las concesiones políticas al regionalismo catalán abrió el divorcio entre unos y otros, pero eso corresponde a otra historia y no a la que es motivo de este artículo.

2. Recepción de la revolución en el movimiento obrero y en el republicanismo de izquierdas

El inicio de la revolución, los sucesos del 8 de marzo –23 de febrero en el calendario juliano vigente en el Imperio Ruso– en Petrogrado/San Petersburgo, fue notificada por la prensa española con retraso, a partir del 15 de marzo; aquel día el diario barcelonés *La Vanguardia*, reprodujo un breve de la agencia de noticias Havas en la que se daba cuenta de la ruptura entre la Duma y el Zar y de la proliferación de huelgas y manifestaciones que acompañaron esa ruptura. En días sucesivos y no sin notable confusión se fueron publicando las noticias de la abdicación del Zar y de la formación de un gobierno provisional a partir de la Duma. Muy pronto, con una cierta agilidad, el diario del PSOE, *El Socialista*, publicó en su primera página entre el 17 y el 24 de marzo un extenso comentario, editorial de hecho sin firmar, por entregas bajo el título de “El movimiento revolucionario ruso” y el mucho más significativo subtítulo, en letras más grandes, de “Contra el espíritu alemán”, revelador de cuál fue la actitud inicial de la dirección socialista española hacia la revolución rusa. La primera preocupación de la dirección del PSOE por aquellas fechas era apoyar al bando aliado, y a cuenta de ese apoyo se hallaba inmerso en una campaña contra el gobierno de Romanones al que acusaba de excesiva neutralidad en el conflicto europeo y de pasividad ante la campaña submarina alemana⁷; aliadofilia compartida por la inmensa mayoría del socialismo español, que a la vez sin pretender la entrada de España en la guerra se alineaba con la justificación y la defensa de la legitimidad desde la perspectiva del campo de la Entente. Por ello se caracterizó el derrocamiento del zar y la formación de un nuevo gobierno provisional, surgido de la Duma, no como una revolución social sino como un movimiento patriótico de dignidad nacional. Para *El Socialista* la presencia del Imperio Zarista en el bando aliado había supuesto una contradicción insalvable puesto que entendía y justificaba la guerra como una guerra de pueblos con ideales progresivos y democráticos, se sobreentendía que contra los imperios antidemocráticos y reaccionarios (de ahí el subtítulo); guerra que la autocracia zarista no entendía y no podía plantear en esos términos. En Rusia se habría planteado una disyuntiva: “terminar con la guerra para sostener el sistema, o terminar el sistema para sostener la guerra”; “el pueblo ruso, el proletariado activo del pueblo ruso estaba de mala gana en la contienda, parecía repudiar la contienda, precisamente porque quería ser un pueblo en

⁷ Forcadell, Carlos; *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español, 1914-1918*; Crítica; Barcelona; 1978.



guerra”, como lo eran el pueblo belga, el francés y el inglés que “ponían en ella toda su alma⁸. Felizmente, la revolución de febrero venía a romper esa contradicción y permitir que la guerra de Rusia fuera también la guerra del pueblo.

La segunda preocupación era defender, ante la creciente agitación social en España, que la única salida, que el camino para el avance hacia el socialismo, pasaba por la acción parlamentaria. Por esa razón enfatizó que “la revolución rusa, como la francesa y como la inglesa, las dos más importantes de la Historia, se ha producido como un choque entre el Parlamento y el Poder constituido. Al hacerse incompatible la obra parlamentaria con los intereses de los gobernantes, o sea los intereses legítimos del pueblo o de la patria -tanto monta en este caso-, representados por el Parlamento, con los personales de las figuras representativas del régimen, la revolución ha surgido⁹. A lo largo del comentario el único protagonista era la Duma, no se hizo ninguna alusión al Soviet de Petrogrado y la figura encumbrada era Miliukov, “la voz del buen sentido”. La suerte de lo que había acontecido estaba en sus manos y sólo en sus manos: “estos son los hombres y este es el Parlamento que ha intervenido más salientemente en este movimiento revolucionario ¿Se podrá esperar de aquellos y de éste la redención total del pueblo ruso? Si el pueblo lo quiere, sí¹⁰ Y, obviamente ese querer del pueblo había de ser el mismo que el del Parlamento.

Pablo Iglesias, Julián Besteiro, Francisco Largo Caballero, el dirigente de las juventudes socialistas Andrés Saborit, todos ellos la plana mayor del socialismo español, y tras ellos casi todo el movimiento se sentían identificados con el reformismo parlamentarista y con lo que la izquierda de la socialdemocracia había calificado desde 1914 como “social-patriotismo”. Apenas si tenían a comienzos de 1917 oposición en ese sentido. Existía una exigua minoría, dispersa en el PSOE y en la UGT, también en aquel 1917 en la Federación de Juventudes Socialistas que se había sumado a las posiciones del movimiento de Zimmerwald y que había condenado la guerra y criticado la posición de su partido: el Catedrático de Psicología José Verdes Montenegro, que en el Xº congreso del PSOE, en 1915 había pedido el abandono de la aliadofilia, la condena de la guerra y la ruptura de la alianza electoral con los republicanos – la “conjunción republicano-socialista” -; la líder feminista Virginia González, miembro del comité nacional del PSOE y del de la UGT, la

⁸ El Socialista, 18-III-1917. “El movimiento revolucionario en Rusia. Contra el espíritu alemán. La gran contradicción”.

⁹ El Socialista, 23-III-1917. “El movimiento revolucionario en Rusia. Contra el espíritu alemán. La Duma, los hombres de la revolución”.

¹⁰ Ibidem



única persona que con esas posiciones tenía presencia en las instancias directivas del socialismo español; los jóvenes de Madrid, Manuel Núñez de Arenas, Ramón Lamonedá, Mariano García Cortés; en la UGT, las posiciones más radicales las compartía Fermín Egocheaga que aboga por un sindicalismo más combativo, que utilizara de manera ofensiva la huelga e incluso considerara la oportunidad del sabotaje en el trabajo¹¹. En Cataluña predominaban en la Federación Socialista Catalana -que integraba aunque sin efectos ejecutivos las agrupaciones locales del PSOE- las posiciones contrarias a la guerra defendidas en el periódico *Justicia Social* por su principal animador Josep Recasens i Mercader, un joven Andreu Nin y Joaquín Bueso, principal activista de la UGT local. Todos ellos sumaban bien poco y no consiguieron ni que el PSOE modificara sus posiciones ni tampoco que lo hicieran las Juventudes que, controladas por S Andrés Saborit, rechazaron en 1915 adherirse al movimiento de Zimmerwald como propuso la juventud madrileña.

Tenía toda la razón *Solidaridad Obrera*, el diario de la CNT publicado en Barcelona, al denunciar que por encima de las diferencias que se daban entre la “prensa burguesa” y la prensa socialista les unía el error de ver la revolución rusa a través del prisma de sus posicionamientos ante la Gran Guerra, negando la profundidad revolucionaria que podían alcanzar los hechos que se estaban sucediendo en el antiguo Imperio Ruso. El diario anarquista se hizo eco por primera vez de la revolución en su edición del 20 de marzo, aunque no publicó un primer artículo editorial hasta el 30 de abril. Actuaba con cautela ante la confusión de las noticias y las contradicciones de los comentarios, pero desde el primer momento marcó una diferencia con la aproximación dominante en el socialismo. Para los responsables de *Solidaridad Obrera*, “la revolución rusa fue hecha por el pueblo, no por la Duma, también el pueblo ha sido quien ha impedido que los elementos burgueses de la Duma redujeran la revolución a un cambio de emperadores y sustituyan la tiranía del zarismo por la democrática del capital. El pueblo será también quien hará que la revolución tenga consecuencias económicas y sociales y no solamente políticas”. Y, en línea con esa interpretación antitética y más ajustada a la realidad, aunque fuera por motivaciones ideológicas, el protagonista de esa revolución no era para la CNT la Duma sino el Soviet: “la constitución de un Comité formado por representantes de los obreros y los soldados para vigilar los actos del gobierno provisional tiene un significado muy elocuentísimo”¹².

¹¹ Martín Ramos, José Luis; *Historia de la UGT. Entre la revolución y el reformismo, 1914-1931*. Siglo XXI; Madrid; 2008.

¹² *Solidaridad Obrera*, 30-IV-1917. “La revolución rusa”.



Si discrepante había sido la apreciación de la caída del Zar y el inicio de la revolución de 1917, también lo fue la reacción ante el desenlace que ese proceso revolucionario experimentó a partir de octubre, con el derrocamiento del gobierno provisional por los bolcheviques y los socialistas revolucionarios de izquierda, ratificado por el Soviet de Petrogrado. Los “maximalistas” rusos, etiqueta habitual con la que fueron identificados –y calificados– los protagonistas de la insurrección de octubre fueron juzgados y condenados a la luz de su propuesta de retirada unilateral de la guerra por la prensa socialista; condena explícita a veces, otras implícita en el enfoque de las noticias, y siempre en la lectura entre líneas que puede hacerse de una serie de noticias confusas en las que emerge siempre la esperanza de que los “maximalistas” fuesen derrotados, venciese Kerenski y se pudiera evitar la catástrofe que se suponía había de ser en beneficio exclusivo del imperialismo alemán. *El Socialista*, como el resto de la prensa española, dio la primera noticia el 9 de noviembre, en términos que eran ya muy claros: la exacerbación, era la palabra que se utilizaba, entre “los partidarios del todo o nada”, los maximalistas, y los que “defendían una transformación más lenta inteligentemente preparada” había desembocado en un golpe, en el que se destacaban los protagonismos militares, en una suerte de anticipo de la teoría del putsch que ha hecho furor en la historiografía. Las primeras impresiones fueron que los bolcheviques se habían impuesto en Petrogrado, ya a ellas respondía el expresivo título del comentario editorial, al día siguiente, “Sería bien triste...”; y tajantes sus palabras: “Las noticias que recibimos de Rusia nos producen amargura. Creemos sinceramente, y así lo hemos dicho siempre, que la misión de momento en aquel país era poner su fuerza toda en la empresa de aplastar el imperialismo germánico (...) lo que a Rusia estaba hoy encomendado: libertar al mundo, juntamente con otras democracias, de la terrible amenaza de los imperios del centro de Europa (...) si los episodios que hoy contemplamos con asombro y dolor dan pro fruto una paz separada, una deserción de las filas de los pueblos aliados ante el enemigo de toda libertad y de toda afirmación del derecho popular, ¿qué va a quedar de aquella revolución soberbia? ¿Qué va a ser de la Rusia redimida?”¹³.

Las ilusiones de una contraofensiva de Kerenski, magnificada por los servicios de prensa de la Entente, tiñeron las informaciones y comentarios del diario del Partido Socialista Obrero Español hasta finales de noviembre. Una información publicada primero bajo el epígrafe de “Revolución y contrarrevolución” sustituido a partir del 17 de diciembre por el más neutro, y prudente, de “En Rusia”. Las

¹³ *El Socialista*, 10-11-1917, “Sería bien triste...”



contraposiciones de la dirección de *El Socialista* no dejaban ninguna duda sobre su interpretación de los hechos: el Kerenski “hombre prodigioso, que siempre será una de las figuras más relevantes de la revolución rusa”¹⁴, luchaba contra Lenin y Trotsky y “es asombroso que hombres tales puedan triunfar en ninguna ocasión”¹⁵. Hasta el 27 de noviembre mantuvo *El Socialista* la esperanza de que los “volchevits” (sic) fueran derrotados. Luego, tras unos días de silencio se publicaron las primeras noticias sobre las elecciones a la Asamblea Constituyente, cuya victoria se atribuyó al partido “Cadete” de Miliukov, se volvió a especular incidentalmente con una supuesta dimisión de Lenin y finalmente a partir de los primeros días de diciembre dejó de informarse de Rusia y su revolución para volcar toda la información internacional de nuevo en la Gran Guerra.

Por el contrario, *Solidaridad Obrera*, se alegró de ese nuevo paso. Frente a la tristeza socialista, su alegría: “La revolución rusa continúa admirablemente su obra. Paso a paso va desarrollando su programa, pasando por encima de los intereses creados, atropellando todos los convencionalismos y liquidando por la voluntad del pueblo los compromisos contraídos por el Imperio”¹⁶; y no se limitaba a alegrarse por el pueblo ruso, su comentario concluía: “Los rusos nos indican el camino a seguir. El pueblo ruso triunfa; aprendamos de su actuación para triunfar a nuestra vez arrancando por la fuerza lo que se nos niega y lo que se nos detenta”¹⁷. Y Manuel Buenacasa, uno de los líderes anarquistas de la época -sobre todo en el ámbito del pensamiento- escribió en el diario de la CNT días más tarde un elogio de Lenin, “el hombre, más interesante, más noble y más ultrajado de la Europa actual”¹⁸. No obstante, no todo era alegría en el sentimiento anarcosindicalista, o no todos la compartían de la misma manera. Al día siguiente del primer editorial que invitaba en su final a hacer como en Rusia, un artículo sin firma con el cauto título de “Notas a la revolución rusa”, llamaba a moderar el entusiasmo: había que apoyar la revolución rusa, desde luego, pero “desde otro aspecto casi nos está vedado aplaudir la actitud revolucionaria del pueblo ruso. Nos explicaremos mejor (...) El triunfo de la Revolución rusa implica de momento que la paz se retarde, que la ansiada paz no llegue todavía, que la guerra continúe, que la matanza europea tan bárbara, tan sangrienta, tan horrible y tan monstruosa no tenga aún final (...) ¿Comprendéis ahora nuestra indecisión?”

¹⁴ *El Socialista*, 12-11-1917.

¹⁵ Frase de Eduardo Torralva Beci, periodista socialista, en un artículo en la revista *España*, el 15-11-1917. Después cambió radicalmente de posición hasta ser fundador del Partido Comunista y el primer director de su periódico portavoz, *La Guerra Social*.

¹⁶ *Solidaridad Obrera*, 11-11-1917, “La revolución rusa en marcha”.

¹⁷ *Ibidem*

¹⁸ *Solidaridad Obrera*, 8-11-1917, “Siluetas pacifistas. Lenin”.



¿Comprendéis la amargura que nos reporta no poder fijar un juicio concreto de la gran revolución? (...) Cuando la guerra termine y sobre los campos, hoy de ignominia, florezca la augusta serenidad de la paz, nos será permitido sentar un juicio concreto de esa Revolución que allá en Rusia se desarrolla”¹⁹. Acaso contra esa duda en nombre de la paz, Buenacasa afirmó por el contrario en su elogio de Lenin: “Los maximalistas rusos en el Poder impondrán la paz en el mundo, como han impuesto la revolución en Rusia (...) De todos modos es posible llegar a la paz como piensa Lenin que debe llegarse, y como nosotros pensamos, por la revolución”. En el extremo en *Tierra y Libertad*, revista de los sectores más radicalmente anarquistas de la CNT llegaron a identificar a la revolución bolchevique como una revolución anarquista²⁰; una concepción que, desde luego, no habría de tener futuro.

¿De quién eran aquellas palabras de duda de las “Notas”? Probablemente de alguien perteneciente al sector más sindicalista de la CNT –en el que se integraba Salvador Seguí, su líder más carismático-relacionado con los republicanos de izquierda, compartiendo con ellos tertulias políticas...y ratos de ocio. En ese campo republicano, en el que militaban de los Layret, Companys, Marcelino Domingo, Rovira i Virgili,... se compartía una hibridación de pacifismo y aliadofilia, un apoyo a Francia y Bélgica frente a lo que se consideraba la agresión del militarismo prusiano sin llegar nunca no obstante al extremo de querer modificar la neutralidad española. No todos tuvieron la misma reacción ante la revolución de octubre, pero algunos de ellos, como Marcelino Domingo o Rovira i Virgili, cayeron en la fácil condena de identificar a los “maximalistas” con los intereses de Alemania y de calificarlos de agentes vendidos al imperialismo alemán. En cualquier caso, la posición dominante de los principales diarios de ese campo republicano, *La Publicitat*, escrita en catalán y afín al catalanismo republicano, y *El Diluvio*, en castellano y el diario de mayor tirada y audiencia del republicanismo progresista en Cataluña, se manifestaron en esa línea de condena, compartiendo las posiciones de *El Socialista*. Para *El Poble Català*, “la debilidad de Kerensky y la buena fe patriótica de Kornilov han sido bien aprovechadas por los amigos rusos de Alemania”²¹. Rovira i Virgili, que entonces colaboraba en *La Veu de Catalunya*, el diario de la *Lliga Regionalista*, consideraba que “los bolcheviques representan la más loca y absurda demagogia, agravada por la irreflexión y la falta de sentido de la realidad que caracteriza la psicología de la raza eslava”, un comentario despectivo con tintes de un

¹⁹ Solidaridad Obrera, 12-11-1917, “Notas a la Revolución Rusa”.

²⁰ Tierra y Libertad, 21-XI-1917.

²¹ El Poble Català, 6-XII-1917.



cierto racismo muy popular en la época; aunque se consolaba considerando de manera positiva la actitud bolchevique ante la cuestión de las nacionalidades, respecto a Finlandia o Ucrania²². Antoni Rovira i Virgili había compartido la mixtura de nacionalismo democrático y socialismo biológico del político y psiquiatra Domènec Martí Juliá que había intentado recientemente, sin éxito, reorientar el catalanismo hacia un programa socializante. Situado siempre en un territorio de izquierdismo moderado, Rovira i Virgili constituyó uno de los ascendentes intelectuales del catalanismo de izquierda y quizás fuera él el primero en interpretar al bolchevismo, al leninismo, desde la perspectiva de su aproximación a la cuestión nacional; más adelante ya se verá como ese fue el factor fundamental de la orientación de una parte de la juventud independentista de los años veinte hacia el comunismo.

De esa orientación general en el campo del izquierdismo republicano se diferenció Gabriel Alomar -asimismo colaborador de *El Poble Català* y desde 1910 propagandista de la síntesis entre el catalanismo y el socialismo – que rechazó que los bolcheviques pudieran ser considerados como simples agentes alemanes, aunque no dejó muy claro su grado de empatía con la revolución de octubre. Alomar, junto con Rafael Campalans y Manuel Serra i Moret, animó una plataforma de acción política en Cataluña, la *Unió Socialista de Catalunya*, vinculada entre 1923 a la Federación Socialista Catalana que tuvo como portavoz el semanario *Justicia Social*, publicado en su segunda época a partir de noviembre de 1923; lamentablemente dicho semanario, que entre 1914 y 1916 acogió posiciones críticas respecto a la guerra, había dejado de publicarse a finales de ese último año, por lo que esa posición crítica no tuvo opción de poder manifestarse en ningún sentido al respecto de la revolución rusa.

3. La formación del comunismo en Cataluña

Más que la confusión de las noticias, la desazón interna que producía las interpretaciones de la revolución rusa apartaron esta del primer plano de las preocupaciones de las organizaciones obreras. Aunque se mantuviera presente durante 1918, en la actividad de sectores minoritarios del PSOE; o en recordatorios puntuales en *Solidaridad Obrera*, al hilo de la cuestión de la guerra²³ o del conocimiento, vago, de algunas medidas del gobierno soviético como el reparto agrario que llevó al Sexto Congreso de la Federación Nacional de Agricultores celebrado en diciembre de 1918 en Valencia, a enviar un saludo de

²² La Veu de Catalunya, 28-XI-1917 “Els maximalistes rusos i les nacionalitats”.

²³ Solidaridad Obrera, 5-IX-1918, publicó un fragmento de un texto conjunto de Lenin y Zinoviev sobre El socialismo y la guerra”.



felicitación a los campesinos rusos²⁴. En el PSOE el núcleo reducido y disperso que simpatizaba con la revolución rusa decidió aglutinarse en torno a una revista *Nuestra palabra*, editada desde agosto de 1918 y dirigida por Mariano García Cortés; pero no fue su acción minoritaria la que planteó la cuestión de la revolución rusa en los nuevos términos de un nuevo proyecto revolucionario internacional, como se presentó a partir de 1919, sino la radicalización social y política española que –sin llegar nunca a configurar un escenario de revolución, hay que insistir en ello– desbordó el reformismo parlamentarista dominante en el socialismo español, y dio una nueva perspectiva a las amplias simpatías hacia la revolución soviética que inicialmente se habían expresado en el seno de la CNT.

En el ámbito del socialismo la minoritaria ala de izquierdas consiguió un primer éxito cuando a principios de 1919 pasó a ser mayoría en la Agrupación Socialista de Madrid, donde se eligió a Mariano García Cortés como presidente, ello permitió incrementar la movilización en favor de la revolución rusa, hasta el punto que la manifestación socialista del 1º de mayo en Madrid quedó jalonada por los “¡Viva Rusia!” y el apedreamiento de la embajada francesa en protesta por la intervención en la guerra civil rusa²⁵; un acto impensable en los tiempos de la guerra y la aliadofilia. El comportamiento de los vencedores ante la recién constituida República de Alemania, con la onerosa paz impuesta en Versalles acabó por convencer a muchos que en sus primeros momentos había rechazado con dureza al bolchevismo; entre ellos Torralva Beci, quien en la Agrupación del PSOE de Madrid propuso que se realizara un referéndum en el partido para decidir la adhesión a la reunión de una nueva internacional convocada por el Partido Comunista Ruso en los primeros días del año. Aunque tal propuesta no prosperó el debate sobre la Tercera Internacional se impuso como punto fundamental de la agenda de las organizaciones socialistas, el PSOE y la UGT, a partir de entonces.

La línea de defensa del reformismo parlamentario tuvo que dar un paso atrás, y no pocos de los que habían dirigido al socialismo en los últimos tiempos –Besteiro, Largo Caballero y tras ellos Pablo Iglesias que, ya mal de salud, reservó sus intervenciones para los momentos decisivos– tuvieron que asumir una defensa genérica de la revolución rusa, a cambio de evitar la adhesión de las organizaciones españolas a la nueva internacional. El debate sobre las internacionales obligó a la convocatoria de un congreso extraordinario del

²⁴ Ese mismo congreso acordó el ingreso de la FNA en la CNT.

²⁵ Meaker, Gerald H.; op. cit., pp274 y ss.



PSOE, en diciembre de 1919, que vino a coincidir con el congreso nacional de la CNT, celebrado en Madrid durante los mismos días; con resultados de nuevo opuestos, mientras que la CNT –como se verá- acordó asistir a la reunión de Moscú con un mandato de predisposición a la integración, el PSOE tomó un acuerdo mucho más equívoco y en realidad imposible: ir a Moscú para defender en el congreso que allí se iba a celebrar la reunificación de la antigua socialdemocracia, bajo una base marxista. No cansaré con el detalle²⁶, baste señalar que al PSOE le costó tomar la decisión final, cosa que no hizo hasta el tercer congreso extraordinario de abril de 1921, en el que la intervención de Pablo Iglesias fue decisiva para que el partido rechazara las 21 condiciones de admisión en la Internacional Comunista y se adhiriera a la recién constituida Unión de Viena, la denominada con sarcasmo Internacional “Dos y Media”. Los partidarios de la adhesión a la Internacional Comunista -en la que se había integrado ya un primer Partido Comunista Español fundado por el Comité Nacional de la Federación de Juventudes Socialistas en 1920- tenían en el congreso el mandato de algo más del 40% de los militantes representados (6.200 sobre 15.000), pero a la hora de constituirse esa minoría en Partido Comunista Obrero de España no se adhirieron a la nueva organización ni la mitad de ese contingente; el mantenimiento de la unidad del partido o, simplemente, el cansancio de un debate tan largo que coincidió con los años de la represión y la desmovilización social, hizo que buena parte de los afiliados de las agrupaciones socialistas que habían votado a favor de la Internacional Comunista decidieran luego seguir en el viejo partido o, incluso, abandonar la militancia.

La incidencia del “tercerismo” en la Federación Socialista Catalana fue muy reducida antes del congreso extraordinario de abril de 1921, y prácticamente nula después de él. La única agrupación catalana que se pronunció en el congreso en favor de la integración a la Internacional Comunista fue la de Mataró, que contaba con 54 afiliados; no obstante, no pudo estar directamente representada, por lo que lo hizo a través de Manuel Martínez Pedroso, miembro de la agrupación madrileña. Acabado el congreso la agrupación local mataronense no debió ratificar el voto al delegado al que se había confiado, por cuanto no se constituyó en la pequeña ciudad catalana ninguna agrupación comunista, integrada en el nuevo PCOE. El resto de las agrupaciones catalanas, otras 8, que sumaban casi 400 afiliados, representadas todas ellas por el veterano Vicente Bernabeu, de la agrupación barcelonesa, se pronunciaron con la mayoría del PSOE por la integración en la Unión de Viena. Quedó como única presencia inicial en el comunismo español

²⁶ Entre la diversa bibliografía que puede consultarse al respecto, una visión de síntesis en: Termes, Josep y Alquézar, Ramon, *Historia del socialismo español*, volumen 2º, 1909-1931, de la obra homónima dirigida por Tuñón de Lara, Manuel; Conjunto Editorial; Barcelona; 1989.



procedente de las filas un reducido número de las juventudes, entre los que se encontraba el futuro dirigente cooperativista Albert Pérez Baró, que recuerda aquella incidencia como un episodio menor. Con esos escasos participantes se constituyó una Agrupación Comunista en Barcelona, de la que Pérez Baró fue secretario, vinculada más a la CNT de la que era afiliado el propio Pérez Baró. La cantera del comunismo catalán no fue su socialdemocracia, reforzada en los años de la guerra por intelectuales y profesionales procedentes del campo del republicanismo catalanista como Manuel Serra i Moret o Rafael Campalans, nada afines al leninismo y más preocupados en la época por encontrar un espacio propio en el catalanismo para la organización socialista que por terciar en el debate sobre la revolución o la adscripción a la Internacional Comunista. No deja de ser significativo que ninguno de ellos, ni de los que como ellos se habían incorporado recientemente a la Federación Socialista Catalana, participara como delegado en el congreso de 1921; cuando, por el contrario, Manuel Serra i Moret había tenido una destacada intervención en el congreso ordinario del PSOE, de noviembre de 1918, defendiendo una moción confederal sobre la cuestión nacional que, con algún matiz, fue adoptada por el partido, aunque nunca desarrollada en términos de práctica política ²⁷.

La cantera del comunismo catalán estuvo en la CNT. El congreso ordinario que celebró en diciembre de 1919 en Madrid tenía como contexto el mismo que el extraordinario del PSOE: el inicio del ciclo represivo, político y social, que culminó en la proclamación de la Dictadura de Primo de Rivera y, paralelamente, el de la desmovilización social que cerraba el ascenso reivindicativo iniciado a corto plazo en los años de la Gran Guerra y a medio desde el nacimiento de la plataforma unitaria de Solidaridad Obrera, en 1907, y su espectacular irrupción en la historia social del país con la huelga general del verano de 1909. Pero para la CNT ese contexto tenía una particular, y mayor, incidencia. El congreso se celebraba mientras en Cataluña la patronal había desencadenado un duro lock-out político, que se prolongó durante el mes de enero y no terminó definitivamente hasta febrero, con el objetivo de aniquilar a la Confederación, de dejar bien claro ante las clases trabajadoras que nunca iba a aceptarla como interlocutor y de agotar sus fondos de reserva, económicos y de lazos solidarios, indispensables para el sindicalismo combativo que representaba. En esa situación en la CNT se presentó la disyuntiva entre quienes proponían responder a la

²⁷ Martín Ramos, José Luis, "Il movimento operaio in Catalogna e la questione nazionale", *Spagna Contemporanea*, nº 50; Instituto Gaetano Salvemini; Turín; 2016.



patronal subiendo el envite y decretando la ocupación por los trabajadores de las fábricas y talleres cerradas por los patronos –posición con la que simpatizaba Buenacasa, a la sazón uno de los miembros del comité organizador del congreso– y los que, como Salvador Seguí y Ángel Pestaña, proponían capear el temporal, esperar al agotamiento de la acción patronal y dejar la puerta abierta a una nueva dinámica de combinación de movilización y negociación²⁸, como la que efectivamente se presentó en la primavera de 1920 durante la etapa de gestión de Carlos Bas al frente del gobierno civil. En esa confrontación interna entre “revolucionarios” y “reformistas”, la revolución rusa y la cuestión de la llamada a participar en el segundo congreso de la Internacional Comunista se convirtió en un argumento interno. El congreso compartió en su mayoría el entusiasmo por la revolución rusa, por la instauración del régimen de los soviets (Buenacasa escribió luego en sus memorias que los cenetistas consideraron aquel invierno a la rusa como “la revolución que hemos soñado”), no sin que se oyeran advertencias críticas sobre el protagonismo del partido bolchevique en la revolución, que Seguí no dudó en calificar de “tiranía”. Y llevado por el momento de la radicalidad no pudo negarse a participar en la construcción de una “Tercera Internacional, debido al carácter revolucionario que rige ésta”, si bien a la espera que pudiera organizarse “el congreso internacional que debe establecer los principios que rijan la nueva internacional de obreros”²⁹.

Para asistir a la reunión en Moscú, en el siguiente verano, se eligió una delegación tripartita encabezada por Ángel Pestaña que fue, a la postre, el único que pudo culminar el viaje emprendido en marzo de 1920 a través de una Europa hostil, para asistir al segundo congreso de la Internacional y salir de él más reticente de lo que había entrado respecto a la revolución rusa y a la pertenencia a la nueva internacional. Contra las opiniones de Pestaña y las que habría de prevalecer en la mayoría de la CNT, la Internacional Comunista se constituyó no como una unión de partidos sino como un partido en sí mismo y derivó la participación del sindicalismo revolucionario a un nuevo organismo, la Internacional Sindical Roja, orgánica y desde luego políticamente subordinada a la Internacional Comunista. El informe negativo que Pestaña había de presentar a la CNT a su regreso se hizo esperar, en el viaje de regreso fue detenido por la policía italiana y ésta lo entregó en el puerto de Barcelona a la española; hasta abril de 1922 Pestaña no quedó en libertad y no pudo defender su informe negativo ante una asamblea general de la CNT, la conferencia de Zaragoza tenida en junio de 1922, que acordó romper con la Internacional Comunista y

²⁸ Meaker, Gerald H., op. cit. Pp. 308 y ss.

²⁹ Ibidem, pág. 325.



adherirse a la nueva plataforma internacional anarquista que, bajo la histórica denominación de Asociación Internacional de Trabajadores habría de constituirse formalmente a finales de aquel mismo año. En ese intervalo de tiempo que medió entre la primavera de 1920 y la de 1922 la CNT iba a quedar prácticamente en la ilegalidad en Cataluña, con la mayoría de sus cuadros de primera línea detenidos, desterrados a otras regiones de España o asesinados y por tanto con un funcionamiento de excepción, a cargo de jóvenes afiliados emergentes en los liderazgos locales que fueron los que recibieron y aceptaron positivamente, en la ignorancia del informe de Pestaña, la invitación a formar parte de la Internacional Sindical Roja, en el Pleno de Regionales de abril de 1921; de manera que la CNT presentó durante un año la imagen, más formal que real, de parte integrante de la ISR, del mundo sindical comunista. La recuperación de la normalidad legal significó el fin de ese equívoco, pero para entonces se había consolidado un núcleo comunista que sobrevivió como corriente en el seno de la CNT, hasta su expulsión en 1932 y que constituyó la base fundamental del primer comunismo catalán.

Ese núcleo estaba integrado por un grupo de jóvenes sindicalistas de la provincia de Lérida - encabezado por dos maestros Joaquín Maurín y Víctor Colomer y un cajista de imprenta, Pere Bonet- que en Lérida publicaban un periódico sindicalista *Lucha Social*; a ellos se sumó Andreu Nin, que había iniciado su militancia política en el republicanismo catalanista, del que había pasado al PSOE entre 1914 y 1919, para integrarse en la CNT en el agitado año de la huelga de La Canadiense. Andreu Nin participó activamente en el congreso de diciembre de 1919 y Maurín, entonces cumpliendo el servicio militar en Madrid, asistió a algunas de sus sesiones³⁰ y en el congreso coincidieron con el valenciano Hilari Arlandis, ferviente defensor de la revolución rusa y de la integración de la CNT en la Internacional Comunista. La persecución de Martínez Anido dejó el Comité Regional de Cataluña de la CNT en manos de los delegados de las cuatro provincias catalanas, en el que Maurín representaba a la de Lérida, con Nin como secretario del Comité³¹; más adelante, la detención del secretario del Comité Nacional de la CNT, Evelí Boal, hizo que Nin pasara de la secretaria regional a la nacional. En esa situación llegó a finales de marzo la invitación a participar en el congreso fundacional de la Internacional Sindical Roja, decidida en una reunión marcada por la premura del acuerdo y por la clandestinidad de la CNT que impidió que al Pleno Regional que se reunió en Barcelona el

³⁰ Bonamusa, Francesc, *El Bloc Obrer i Camperol (1930-1932)*; Curial; Barcelona, 1974.

³¹ Gabriel, Pere, "Andreu Nin, militant sindical" en Alba, Victor et alii, *Andreu Nin i el socialismo*; *Publicaciones de la Universidad de Barcelona*, Barcelona, 1998.



28 de abril pudieran asistir las delegaciones de Andalucía, el Norte y el Centro de España y solo estuvieran presentes Cataluña, representada por Maurín, Valencia, por Hilari Arlandis, Asturias, Galicia y Aragón; la reunión la completaba Nin, por el Comité Nacional y esa mayoría de circunstancias favorable a la Internacional Comunista tomó el acuerdo de integración a la ISR y envió a su segundo congreso a Nin, Maurín, Arlandis e Ibañez (delegado de Asturias); durante su viaje, en París, Nin y Maurín establecieron una estrecha relación con Alfred Rosmer y Pierre Monatte, y tras la participación en el congreso sindical Nin se quedó en Moscú, como miembro del aparato directivo de la ISR y Maurín regresó a Cataluña.

Tras el acuerdo de la Conferencia de Zaragoza, de 1922, el sector de la CNT que se mantuvo identificado con la Internacional Comunista se organizó como corriente de afinidad, convirtiendo *Lucha Social* en “Semanario Sindicalista Revolucionario”, a partir de agosto de 1922 y empezando a publicar en Barcelona a partir del 21 de septiembre un nuevo periódico, *La Batalla*, en el que a partir de marzo de 1924 empezaron a colaborar dirigentes del Partido Comunista de España, entre otros Oscar Pérez Solís, entonces su secretario general, Juan Andrade y Vicente Arroyo. Para esas mismas fechas Maurín, Bonet, Colomer y sus compañeros se integraron finalmente en el PCE para formar parte de su Federación Comunista Catalano-Balear (FCCB), en la que se encontraron con los escasos militantes procedentes de la socialdemocracia, como Albert Pérez Baró y con nuevos miembros ingresados después de la constitución de la sección española de la Internacional Comunista, como el vallisoletano José del Barrio, que por cierto también se había afiliado sindicalmente a la CNT antes de integrarse en el partido³². En su conjunto la FCCB tuvo una impronta cenetista que diferenció al comunismo catalán del comunismo vizcaíno de José Bullejos, secretario general del PCE entre 1925 y 1932, de procedencia socialista y militancia sindical ugetista. La confrontación política entre Maurín y Bullejos dominaría la historia del comunismo español en los años finales de la Dictadura de Primo de Rivera, hasta llegar a la ruptura y la exclusión de la FCCB del PCE en 1931, lo que debilitó la presencia comunista en Cataluña que hasta 1935 fue asumida sobre todo por la organización disidente³³.

A ese núcleo comunista de origen cenetista se sumó, precisamente en esos años de división interna del PCE, un núcleo procedente del nacionalismo catalanista radical -entre confederalista y vagamente independentista- que en la década de los veinte se había aglutinado en torno al liderazgo de Francesc

³² Del Barrio, José; *Memorias políticas y militares*; Pasado y Presente; Barcelona, 2013.

³³ Martín Ramos, José Luis; *Els orígens del Partit Socialista Unificat de Catalunya.1930-1936*; Curial, Barcelona, 1977



Maciá. Este último había intentado conseguir, sin éxito, el apoyo de la Internacional Comunista para promover un levantamiento en Cataluña contra la Dictadura de Primo de Rivera; finalmente su intento, organizado desde Francia, fracasó en 1926 al ser descubierto por la policía de aquel país y sus jóvenes partidarios detenidos y dispersados en el exilio en Europa y México y Guatemala. El contacto con el comunismo no había sido algo tan insólito, ya se ha apuntado como en el nacionalismo catalán se había valorado la posición de Lenin sobre la cuestión de las nacionalidades y esa valoración se reforzó cuando se constituyó la URSS como, formalmente, una confederación de estados libremente unidos y con derecho a la separación. Esa posición deslumbró a una parte de la juventud nacionalista radical, que a partir de 1926 buscaba alternativas revolucionarias a las aventuras fracasadas de Maciá³⁴. De todo ello surgieron diversas iniciativas coincidentes - pero al margen del PCE y de su FCCB - que en 1928 fundaron un partido singular el *Partit Comunista Català*, liderado por Jordi Arquer, en el que se integró Víctor Colomer tras abandonar el PCE, y que en 1930 confluyó con la FCCB, virtualmente expulsada del PCE y la IC. Este proceso culminó con la formación de una plataforma política, el *Bloc Obrer i Camperol* (BOC), que de hecho sustituyó como partido real a las dos formaciones precedentes³⁵. La historia del comunismo catalán se hizo convulsa y compleja internamente entre 1930 y 1936, su explicación excedería a los objetivos de este artículo, pero de ella se concluyó una impronta conjunta del binomio de lucha social y nacional, esta última en términos confederales, que intentó desempeñar el BOC hasta que en 1935 se auto-disolvió para constituir el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), y que a partir de julio de 1936 desempeñó el *Partit Socialista Unificat de Catalunya* (PSUC), añadiendo a ese binomio añadió una identidad frentepopulista³⁶

Bibliografía Citada

Bengoechea, Soledad; *Organització patronal i conflictivitat social a Catalunya: tradició i corporativisme entre finals de segle i la dictadura de Primo de Rivera*. Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1994.

³⁴ Tona i Nadalmai, Abelard; *Memòries d'un nacionalista català. Del nacionalisme radical al comunismo*; Publicacions de l'Abadia de Montserrat; Barcelona; 1994.

³⁵ Durgan, Andrew; *BOC, 1930-1936: el Bloque Obrero y Campesino*; Laertes, Barcelona, 1996.

³⁶ Martín Ramos, José Luis, "El movimiento operaio in Catalogna e la questione nazionale", *Spagna Contemporanea*, nº 50; Instituto Gaetano Salvemini; Turín; 2016.



Un texto más reciente, de síntesis de la misma autora: “La patronal, l’ordre públic i els règims polítics”, en L’Avenç, nº 54, 2007.

Bonamusa, Francesc, *El Bloc Obrer i Camperol (1930-1932)*; Curial; Barcelona, 1974.

Del Barrio, José; *Memorias políticas y militares*; Pasado y Presente; Barcelona, 2013.

Durgan, Andrew; *BOC, 1930-1936: el Bloque Obrero y Campesino*; Laertes, Barcelona, 1996.

Forcadell, Carlos; *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español, 1914-1918*; Crítica; Barcelona; 1978.

Gabriel, Pere, “Andreu Nin, militant sindical” en Alba, Victor et alii, *Andreu Nin i el socialismo*; *Publicaciones de la Universidad de Barcelona*, Barcelona, 1998.

Martín Ramos, José Luis, “Il movimento operaio in Catalogna e la questione nazionale”, *Spagna Contemporanea*, nº 50; Instituto Gaetano Salvemini; Turín; 2016.

Martín Ramos, José Luis; “La primera historia del socialismo catalán” en AAVV, *La pàtria dels humans. Història del socialismo català*. Edhasa; Barcelona; 2003.

Martín Ramos, José Luis; *Els orígens del Partit Socialista Unificat de Catalunya.1930-1936*; Curial, Barcelona, 1977

Martín Ramos, José Luis; *Guerra i conflictivitat social*; *Gombau de Besora*; Sant Quirze de Besora; 1992.

Martín Ramos, José Luis; *Historia de la UGT. Entre la revolución y el reformismo, 1914-1931*. Siglo XXI; Madrid; 2008.

Meaker, Gerald H.; *La izquierda revolucionaria en España, 1914-1923*. Ariel; Barcelona; 1978

Tona i Nadalmai, Abelard; *Memòries d’un nacionalista català. Del nacionalisme radical al comunismo*; Publicacions de l’Abadia de Montserrat; Barcelona; 1994.

Ucelay Da Cal, Enric; *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D’Ors y la conquista moral de España*; Edhasa; Barcelona; 2003

Recibido: 30 de mayo de 2017

Aceptado: 25 de julio de 2017

Versión Final: 20 de septiembre de 2017

